

razón de su propia vitalidad. Tal nos parece esa inefable aventura del pintor Sem Rubí, persiguiendo a través de las calles, las estaciones y los años a la mujer que viera pasar fugazmente entre la multitud.

La novela es una visión integral de Andalucía, con su historia, tradiciones, costumbres, su intensidad y sus frivolidades. Lo único que nos parece ausente en este cuadro tan completo, son los trabajos, porque creemos que para sostener toda esa espuma de lujos, placeres, holganzas y dramas pasionales, algunos deben trabajar en cosas productivas. Sentimos que la pintura de la ciudad frívola, dramática y sensual es exacta, y está trazada de mano maestra, pero también que para sostener todas esas elegantes ociosidades tiene que haber un substrato de profundas injusticias sociales. Esa capital del placer, de la tragedia pasional y la lujuria, tiene algo de las metrópolis antiguas que alzaban las copas de sus festines y las flores de sus vicios sobre las espaldas jibadas de los esclavos. No queremos ser majaderos, insistir en lo que pueda faltar en la obra. Nos basta constatar que en la obra hay mucho material y de calidad eximia, y que sólo ha podido tallar esta gema de múltiples facetas un artista consumado, profundamente enamorado del arte y de la vida.—



<https://doi.org/10.29393/At161-276DPSI10276>

SIMPLEMENTE, por *Rita Walker*.—Editorial Nascimento.

En esta pequeña colección de poemas en prosa hay más poesía que en muchos volúmenes de versos. Inquietante figura de mujer esta muchacha que recién traspone los umbrales de la adolescencia, y que habla de los deleites sutiles del amor con la sabiduría de las antiguas sacerdotisas orientales. Una sensualidad mística hace de su cuerpo joven el ara de una exquisita ritualidad erótica y a través de sus sentidos sutilizados en el delei-

te, probablemente en el deleite imaginario, pasa la corriente de las vibraciones cósmicas arrancando delicadas vibraciones a la encordadura tensa de sus nervios. Hay una gran sabiduría de sensaciones, un acopio de imágenes hermosas, una diafanidad, pureza y gracia alada del estilo que recuerda la poesía griega y «Las Canciones de Bilitis».

«Tengo el ansia de gozar la frescura de una fuente desconocida, de mirar el florecimiento impetuoso de una tierra inexplorada, de dormir a la sombra de un árbol sin nombre, de poder respirar un aire virgen». Pero tú eres más grande que mis deseos, aunque no tienes la delicia de esa agua, el encanto de aquella tierra, el bálsamo de esa sombra ni la virginidad de aquel aire». «Bebe este vino de antaño. Los vendimiadores que exprimieron sus pámpanos ya no pueden catarlo. Bebe en su nombre. En la arcilla de nuestro vasos hemos vaciado los cantos de una vieja cosecha».

¿No hay en estos dos pequeños poemas una gracia de expresión, una dulzura de sentimiento, una suave conformidad con el destino, que no son de nuestros días atormentados y febriles, sino de las «viejas cosechas» en que se exprimía la sangre, luminosa de los mostos de Chipre y de Falerno? El buen gusto y la medida rigen los cantos como una batuta inspirada y los vocablos, las imágenes, las cláusulas y las sílabas se agrupan melodiosamente, como la arena dorada sobre una lámina vibrante. Estamos sin duda ante una frente inspirada, y la sangre que canta en el cerebro, líquida luz del día, circuló por las magnificencias estatuarias del cuerpo, y por eso lleva a los cantos estremecimientos deliciosos y aromas enervantes.

Hay en los poemas destellos de la claridad de oriente, la sana alegría de la infancia de la humanidad, la sensualidad inocente de los archipiélagos egeos cuyos cielos serenos no ensombrecieron las nubes densas de la expiación y de la culpa.

Le basta a Rita Walker una pincelada para llenar de luz un cuadro, una nota para llenar el aire de sonoridad: «Los nublados

se han recogido en un vellón luminoso. En el fondo del bosque retumban las cascadas. Los troncos enloquecidos se despeñan corriente abajo. Para hacerles olvidar el odio humano de las hachas, el agua se los lleva recordándoles por última vez su canto subterráneo».

Si Rita Walker hubiera publicado sus himnos de amor como traducciones griegas, muchos eruditos habrían agregado un nombre a su lista de poetisas orientales, como ocurrió con «Las Canciones de Bilitis», y con el «Karez y Roshan» de Pedro Prado. Creemos que es este el mejor elogio que pueda decirse en su honor.—DADIV PERRY B.



Dos novelas brasileñas: CACAO Y JUBIABÁ, por *Jorge Amado*

La novela brasileña comienza a saltar violentamente a la realidad social. En la literatura americana, marcó siempre un ritmo avanzado, superior al de los pueblos de habla española. Aun en el siglo XIX produjo grandes escritores que, bajo la poderosa influencia del realismo y del naturalismo francés, supieron crear tipos inolvidables. Entre los libros clásicos, conocidos algunos por las traducciones castellanas, merecen recordarse varios, como *El gaucho*, de Alençar; *Don Casmurro*, de Machado de Assís; *El mulato*, de Aluisio Acevedo; *Canaán*, de Graça Aranha, las novelas de Coelho Netto, la epopeya admirable titulada *Os Sertoes*, de Euclýdes da Cunha, las *Novelas de tierra adentro*, de Alfonso Arinhos, *María Bonita*, de Afranio Peixoto y unas cuantas obras que sacaban al Brasil de su aislamiento intelectual, producido en parte por la dificultad del idioma.

Aranha había penetrado en el campo brasileño y había escrito una novela recia sobre la colonización de sus campos. No tenía nada de idílico allí, salvo el paisaje. El naturalismo